

tiempos: la reparacion y extension (desde 184) de la red de cloacas, continuó siendo una obra de gran importancia, con la cual se relacionó despues (148) la construccion de la gran vía militar, la *vía Postumia*, que iba de Génova á Cremona y de Cremona á Verona, y que podia ser considerada como una ampliacion de la red de vías itálicas. La capital, que se habia enriquecido con el saqueo de las ciudades griegas, vió alzarse, desde el año 143, las primeras construcciones preciosas de mármoles griegos, comenzando despues (91) á edificarse hermosas columnas de mármol y casas particulares, siendo artistas griegos los que se pusieron al servicio de los romanos.

La civilizacion griega, incluso el baile y la música, fué naturalizándose en Roma é infiltrándose cada vez mas en el ánimo del pueblo. Y mientras el noble idioma latino dominaba en toda la Italia, y con los funcionarios y ejércitos romanos atravesaba los mares y solo se veía limitado por el griego, los ingenios romanos se afanaban por aprovechar los asuntos que para sus comedias les ofrecian los autores griegos, especialmente Filemon y Menandro. La competencia que á estas comedias hacian las farsas grotescas y el rústico placer de ciertas diversiones, no pudo ser completamente vencida ni por el preclaro Tito Maccio Plauto, oriundo de la ciudad umbria de Sasina, que vivió desde 254 á 184; ni por el artístico Estacio Cecilio de Mediolanum, de origen insubrio, que habia sido conducido á Roma como prisionero de guerra y que luego fué emancipado, muriendo en 168; ni por los coleccionadores de comedias latinas, como Ticinio; ni por Térencio (196 á 159), esclavo natural del Africa cartaginesa que recibió en Roma una educacion griega y que con elegante lenguaje y cuidado exquisito perfeccionó de un modo especial las obras de Menandro. Esto no obstante, el arte dramática llegó, á mediados del siglo II, á un alto grado de esplendor. Lo mismo podemos decir de las obras de célebres trágicos romanos de esta época, especialmente de las de Marco Pacuvio, natural de Brindis (219 á 129), sobrino y discípulo artístico del anciano Ennio; y de las de Lucio Accio (nacido en 170), hijo de un liberto de Pisauro, que se empapó en la lectura de los trágicos griegos.

Por último, mientras la historiografía romana no habia pasado de los Anales, á pesar de los excelentes y originales trabajos del anciano Caton y de los de célebres hombres de Estado contemporáneos suyos y posteriores á él, como Calpurnio Frugi y Cayo Sempronio Tuditano; mientras, con la creciente actividad literaria, la antigua crónica pontificia de la ciudad, que al terminar este período habia sido compilada en 80 libros por el famoso jurista, pontífice máximo y cónsul en 133, Publio Mucio Scévola, fué poco considerada, bajo el punto de vista literario, en los posteriores tiempos, el modo de ser propio de los romanos florecia cada vez mas en dos direcciones, haciéndose en ambas muchos progresos durante un largo período de tiempo y, en parte, durante muchos siglos.

La oratoria romana habia llegado á su apogeo: entre los oradores políticos famosos posteriores á Caton, contábanse en primera fila el noble Escipion Emiliano y Cayo Lelio, cuyos discursos son considerados como modelo del mas noble patriotismo y del mas puro lenguaje latino. El mismo verdugo de los lusitanos, Sulpicio Galba, fué un orador célebre, sobresaliendo así en las cuestiones jurídicas como en las políticas. Poco á poco se habia ido desarrollando tambien la abogacia, es decir, el arte de tratar de los asuntos de derecho con elegancia de lenguaje y abundancia de doctrina, siendo indudablemente Marco Lépidio Porcina (cónsul en 137) el que mas sobresalió en esta rama del saber humano. La ciencia jurídica, que durante el imperio

constituyó la manifestacion mas brillante del desenvolvimiento intelectual de los romanos, fué la que, apoyándose en la literatura de las mas famosas notabilidades jurídicas, pronto vino á ocupar el primer lugar. El sumo pontífice P. Licinio Craso, contemporáneo del vencedor de Zama, alcanzó gran renombre como jurisconsulto: asimismo fueron célebres Sexto Elio Peto y los descendientes de Mucio Scévola, que en los posteriores tiempos se trasmitieron en cierto modo por herencia el cultivo de la jurisprudencia. Tambien florecieron, por último, los estudios filológicos de la lengua latina, inclusa la retórica; pero en cambio el ejercicio de la medicina fué patrimonio exclusivo de los griegos, desde que el gran cirujano peloponésico Arcagato se estableció en 219 en la capital y despues de haber obtenido brillantes resultados en su profesion, consiguió que el Estado le concediera el derecho de ciudadanía romana.

XII.—DECADENCIA DE LA MORALIDAD ROMANA. DECADENCIA DE LA AGRICULTURA

Pero el brillo exterior de Roma escondia una notable decadencia moral, paralela á la descomposicion política, que se hizo sensible así en la plebe como en la nobleza. La civilizacion griega cubrió la rusticidad de las clases inferiores con un brillante oropel y trajo consigo consecuencias funestas, de suerte que las capas superiores de la sociedad no se mantuvieron á la noble altura de la familia de Escipion y del vencedor de Pidna. Pocos fueron los que al armonizar el modo de ser romano con la educacion griega, lo hicieron por una mira ideal: para muchos el helenismo no era mas que un adorno exterior, y aun la mayoría no escogia el helenismo puro y clásico, sino que tomaba los caracteres frívolos y funestos de la vida griega de aquel tiempo, sin exceptuar la salvaje costumbre sodomita. Los antiguos rasgos morales, la nobleza y la probidad, que hacian á los romanos aparecer dignos de estima puestos en parangon con el estado moral griego, y especialmente con el helenístico, decayeron sensiblemente. Entre el pueblo de la ciudad, que cada vez iba siendo mas heterogéneo, el afán de los placeres, las orgías y la vida frívola predominaron de una manera extraordinaria; de tal suerte que poco á poco el pueblo no titubeó en elegir para cónsules á hombres que, procedentes de las últimas capas sociales, se habian conquistado un nombre funesto por sus ilegalidades y violencias: entre ellos podemos citar al nombrado en 144, que siendo tribuno de la plebe, protegido por su inviolabilidad, se habia negado á pagar sus deudas. Los severos sentimientos de los antiguos plebeyos solo se encontraban ya entre los labradores romanos y entre los propietarios de la península. La nobleza y los caballeros, cuyas faltas, nacidas de las tendencias á la violencia y á la codicia, nos describe la historia con tan subidos colores, no eran mejores que el pueblo, solo que el desorden revestia en ellos formas mas finas. No faltaron tampoco en las *buenas* familias execrables crímenes, hasta el punto de que el Senado se vió en la precision de crear un tribunal permanente que conociese de los envenenamientos y asesinatos. Las mujeres aportaban tambien su parte á la creciente inmoralidad, sobre todo despues que, desde la segunda guerra púnica, su posicion era mucho mas libre, á causa de la corrupcion de costumbres y de la debilitacion del severo derecho de familia. Los matrimonios eran pocos, y los divorcios frecuentes aun en las familias mas respetables, y el lujo tuvo especialmente en las mujeres sus mas legítimas representantes. Como de este modo se destruía uno de los baluartes de la antigua pureza; como en la nobleza causaba menos asombro la corruptibilidad que la probidad de los hombres influyentes, y como el contacto con las cortes y embajadas del rico cuanto

corrompido Oriente y las tentaciones de los proconsulados eran lo que había despertado la afición de los grandes al oro que llegaba á sus manos para fines políticos, no es de extrañar que, en 142, el pretor L. Hostilio Túbulo diese el mal ejemplo, en el tribunal de envenenamientos, de corruptibilidad en la administración de la justicia. Por último, la religión perdió toda su fuerza contra la creciente corrupción de costumbres; y aun sin esto, el sentido moral de la religión era ya de escasa importancia, y cuando en vista de la decadente devoción de los itálicos y la tendencia del clero y del pueblo á los preponderantes cuidados del ceremonial y de los festines de sacrificios, se buscaron nuevos apoyos, ante la invasión de la filosofía griega en las esferas romanas, ni el establecimiento en la capital de los ritos y cultos orientales para el uso de las masas, comenzado en la calamitosa época de la guerra de Aníbal, ni el eumerismo griego introducido en la clase baja por la literatura griega y especialmente por Ennio (la conocida alegórica é histórica disolución ó destrucción del mundo de los dioses) pudieron encontrarse en condiciones de sustituir ni de mejorar en la orgullosa nación, á su antigua y decadente fe. Muchos no veían ya en la religión del Estado, es decir, en los auspicios, mas que una máquina ingeniosa y manejable para objetos políticos.

Todos estos hechos funestos contribuyeron á crear la atmósfera de la cual salieron los rayos de la revolución que inaugura el período siguiente y estalló á causa del fatal estado social. El aumento numérico del pueblo romano no había marchado al compás del desarrollo de fuerzas y del brillo exteriores. Por desgracia ni la Italia ni el territorio propiamente romano llegaban á tener la misma fuerza y el mismo número de ciudadanos romanos que antes de la guerra de Aníbal. Hasta el año 159, la lista de ciudadanos, incluso los latinos y los muchos emancipados, arrojaba un número de 382,000 hombres aptos para las armas; pero desde aquella fecha, y sin que la república se hubiese visto asolada por grandes y destructoras guerras, disminuyó notablemente la población, de tal manera, que durante la censura de Apio Claudio Pulcher y Q. Fulvio Nobilior, elegidos en 136, solo existían 317,923 ciudadanos. La causa principal de esta disminución fué la decadencia de la escogida clase de agricultores que se observó constantemente en varios puntos del territorio romano y que era consecuencia necesaria de los trabajos y aun violencias de los propietarios. Estos agricultores, después de haber abandonado sus tierras, cuya posesión se había ya hecho insostenible, se convirtieron en arrendatarios ó jornaleros de sus propios bienes ó fueron á aumentar el número de los proletarios de la capital. La agricultura itálica comenzó á decaer cuando los grandes propietarios adoptaron el sistema de destinar extensiones considerables de terrenos magníficos para objetos de simple lujo, como viveros y parques. Nadie intentó salvar ni robustecer el antiguo y excelente elemento agrícola de la nación romana, ni se siguió el pensamiento de extender por las provincias, á modo de colonos, á tantos millares de proletarios rurales. En suma, Italia continuaba siendo la comarca dominante, pero no pensaba en derribar las barreras que se alzaban entre el pueblo soberano de Roma y las provincias que le estaban sometidas. La última colonia fundada en Italia, la Auximum picénica, lo fué en el año 157. Ninguno de los reformadores del Senado se atrevió á exigir la restitución de los extensos dominios que la nobleza y los caballeros habían ocupado; y ni aun el mejor individuo de la alta asamblea, Escipion Emiliano, quiso aventurarse en tan difícil punto. Su amigo, Cayo Lelio, que en 140 desempeñó el consulado, pensó en 145, cuando era pretor, dirigir una mirada á la situación de los labradores y concederles los bienes del Estado que habían sido ocupados interina-

mente y no devueltos; pero hubo de ceder en su empresa ante las dificultades que al momento comenzaron á creársele. De esta suerte, cada día se hizo mayor el número de los que, habiendo pertenecido á la parte selecta del pueblo romano, se veían sumidos en la mayor miseria é incluidos en el proletariado de la ciudad. Esta gente ni siquiera pudo mantenerse como una clase jornalera, pues tomaba gran incremento la costumbre de cultivar las tierras con esclavos, ya que estos no podían ser utilizados, como los hombres libres, para el servicio de las armas. Fuera del territorio nacional romano, una de las comarcas que peor se encontraban bajo este concepto, era Etruria, en donde en el año 134 no se encontraba agricultor libre alguno.

XIII.—LA ESCLAVITUD. GUERRA DE LOS ESCLAVOS EN SICILIA

También hubieran debido tenerse en cuenta los horrores y los peligros con que el sistema de los esclavos amenazaba al antiguo mundo poco después de la caída de Cartago; sistema que, con la colosal extensión de la soberanía del capital, había tomado extraordinario incremento. No solo el rico é importante mundo romano llenaba sus palacios de innumerables esclavos de lujo; no solo los grandes señores romanos ordenaban á sus esclavos domésticos hicieran todo aquello que es necesario para el uso diario en una casa importante, con gran perjuicio de la clase obrera, sino que durante la década que estudiamos introdujose la costumbre de utilizar el trabajo de los esclavos para otros muchos objetos.

Esclavos y libertos trabajaban en masa como dependientes en los escritorios y sucursales de los banqueros y como aduaneros en las oficinas de los impuestos y contribuciones indirectas arrendadas por los publicanos. Los arquitectos, los empresarios dramáticos y de gladiadores, los armadores, los fabricantes y los arrendatarios de minas, tenían á su disposición gran número de esclavos y de libertos. En todas partes, la explotación y el trato eran mucho mas duros de lo que habían sido entre los griegos. Pero toda esta gente, á excepción de los mineros y de los gladiadores, estaban aun mucho mejor que la masa de esclavos agrícolas de las plantaciones que, además de estar mal alimentados, eran tratados con rigor extremo. Los primeros con frecuencia podían constituir una familia y adquirir bienes propios y no les estaba prohibida la emancipación. Como eran nocivos á los romanos por su ingreso en la burguesía y por la reacción inmoral que la esclavitud ha ejercido en todos los tiempos sobre los señores, á excepción, sin embargo, del Oriente semítico y osmánico, debía llegar un día en que este funesto sistema comenzase á amenazar seriamente la paz y la tranquilidad pública.

Otra de las consecuencias de la guerra de Aníbal fué que, ya en el año 185, la Lucania y la Apulia se vieron asoladas por temibles cuadrillas de bandidos, formadas por esclavos prófugos y por proletarios desesperados. Siete mil hombres fueron sentenciados en la Apulia como bandoleros. El número de esclavos, y especialmente el de esclavos de las plantaciones, se aumentó considerablemente desde la guerra de Perseo. Solo se pensaba en los millares de infelices epirotas, á los cuales se agregaron las masas de prisioneros de guerra españoles, africanos y griegos, que los vencedores romanos llevaron á los mercaderes de esclavos hasta la completa *pacificación* de Grecia. Mas adelante, la extraordinaria necesidad de esta primera materia humana, considerada como cosa y aplicada á lucrativa producción, fué causa de que el Oriente asiático, especialmente las comarcas que estaban habitadas por pueblos sirios, cuyos principales caracteres eran la paciencia, la tenacidad y la perseverancia, se viesen asoladas por

los corsarios cretenses y cilicios y por los cazadores de hombres, que vendían á buen precio sus humanas presas en los grandes mercados de esclavos, especialmente en Delos. Como los tratamientos eran tan crueles y el vestido y alimento que algunos señores avaros proporcionaban á sus esclavos eran tan malos, muchas veces estos asaltaban á los caminantes, y con el asesinato y el robo tenían en continua alarma á la comarca donde habitaban. Así desde el año 145 las cosas tomaron muy mal aspecto, cuando de repente se vieron reducidos á la mas cruel esclavitud hombres que hasta entonces habían vivido en Africa, en Grecia y en Macedonia como ciudadanos libres y habían gozado de una posición feliz y desahogada.

La gran guerra de esclavos, temible eco de las últimas guerras que Roma sostuvo para conquistar la soberanía del mundo, y la sangrienta reacción de cien mil maltratadas existencias contra aquel horrible sistema, estallaron en la isla de Sicilia, en donde la masa de los esclavos de plantaciones era mas numerosa que en otras partes, y el trato que recibían de parte de los especuladores romanos y de los propietarios sicilianos, mas severo, mas inconsiderado, mas inhumano que en el resto de la república. Con efecto, en aquella isla, á excepción del territorio de Mesina, se seguía la práctica de mantener á los esclavos muy miseramente y de concentrarlos en una especie de cárcel de trabajo semi-subterránea, obligándoles á cultivar los campos sujetos á una cadena. La parte oriental de la isla había llegado á ser el granero de toda la Italia, y especialmente de la capital. Las comarcas llanas del interior y las costas meridionales eran mas propias para dehesas de pastos, y en ellas se encontraban mejor los esclavos pastores, aunque á menudo se dedicaban de un modo infame al robo. Las ciudades, por último, contenían un número considerable de proletarios.

El robo había tomado un lamentable incremento en la isla de Sicilia, y, con la pésima administración, difícilmente podía ser dominado. Por último, en la fértil región siciliana de Enna estalló la sublevación, dirigida por un esclavo de un tal Damófilo que, con su mujer Megalida, se había distinguido por su crueldad. El jefe intelectual del movimiento era un esclavo de Antígenes, el siro Euno de Apamea, considerado por la colosal masa de esclavos concentrada en Enna como mago, hechicero, profeta, y del cual se sabía que se le había aparecido la diosa siria prometiéndole un reino para lo porvenir. Conducidos por Euno, una noche penetraron en la ciudad de Enna 400 sublevados, asesinaron á la mayor parte de sus señores y violaron á las mujeres. Entonces, públicamente organizados, formaron los rebeldes un nuevo reino, uniéndose pronto á ellos las masas de esclavos del Enna. Euno ciñó la corona, se denominó Antíoco y se formó un Consejo, en el cual predominaba un esclarecido griego llamado Aqueo, que reunía á una prudencia poco común y á una fuerza extraordinaria, un talento perfectamente organizado. Pronto 6,000 esclavos se encontraron convenientemente armados, uniéndoseles luego los pastores de los distritos abundantes en pastos. Mientras el proletariado libre de la ciudad aprovechaba el tiempo saqueando los bienes de los labradores, Aqueo introdujo la disciplina en sus filas é instruyó á sus hombres para la lucha, que no debía hacerse esperar mucho tiempo. Cuando, por último, con los contingentes que de todos lados se le unieron, tuvo sobre las armas 10,000 hombres decididos, se encontró en estado de poder resistir con éxito los ataques que contra él dirigieron las tropas sicilianas conducidas por los pretores romanos de la isla. La soberanía que Antíoco había fundado en Enna y extendido por el territorio del Symethos superior, no debía caer tan fácilmente.

Entonces vieron con espanto los romanos que el fuego del

temible incendio que había hecho explosión en el centro de Sicilia, tomaba considerable incremento, pues ya las llamas comenzaban á brillar en la misma Italia. La inseguridad que reinaba en los distritos meridionales de pastos de la península tomó proporciones alarmantes y, lo que es mas, hasta el año 141 hubo sublevaciones de esclavos italianos que en la comarca meridional costanera del Lacio habían de luchar á mano armada. Entonces mas de 400 fueron, en Minturno, crucificados y unos 4,000 se vieron acuchillados en Sinuesa. No tan pronto pudieron los romanos dominar la sublevación de Antíoco, antes al contrario, ésta tomó en Sicilia gigantescas proporciones. Probablemente en el año 140 aconteció que el esclavo cilicio Cleonte, audaz pastor de caballos y bandido temible que hacía tiempo asolaba la comarca de Agrigento, armó á los esclavos pastores del Sur, conquistó esta ciudad y se unió á Antíoco, el cual, por este medio, recibió el refuerzo de un caudillo temerario y de 7,000 hombres. Ya el número de amotinados se elevaba á 200,000, de entre los cuales 20,000 estaban bien organizados militarmente. Cuando el nuevo pretor L. Plautio Hipseo se dirigió contra ellos al frente de 8,000 milicianos, vióse completamente derrotado, á consecuencia de lo cual el levantamiento fué extendiéndose gradualmente por toda la isla. Especialmente en la parte oriental, en donde se siguió la guerra cada año con mas desgracia para los propietarios romanos y naturalmente con inaudita crueldad, apenas pudieron estos conservar el rincón del Noroeste con Mesina. Entonces el incendio se propagó allende los mares hacia Oriente: en la isla de Delos, que era mercado de esclavos, hubo algunos disturbios que fácilmente fueron dominados. En cambio, el levantamiento de los esclavos mineros de las minas laurias del Atica (135 ó 133) que se fortificaron en la fortaleza de Sunio, solamente pudo ser dominado después de grandes esfuerzos por las tropas áticas, conducidas por el gobernador Heráclito. La explotación minera del Atica no pareció haber quedado arruinada con esta batalla. Las minas macedónicas hubieron también de sentir los efectos de este movimiento.

Quando, por fin, el Senado pensó formalmente en poner fin á los desórdenes de Sicilia con tropas disciplinadas, el cónsul Cayo Fulvio Flaco, que había sido enviado en 134 contra Antíoco, no pudo conseguir nada contra los 70,000 guerreros del rey. Cuando el anciano, austero y enérgico L. Calpurnio Pison Frugi tomó en 133 el mando del ejército, después de haber restablecido la disciplina, pudo reconquistar de los insurrectos parte del terreno perdido, y poner cerco á la ciudad de Enna, si bien no logró apoderarse de ella. El cónsul del año 132, amigo de Emiliano, Rupilio, que conocía perfectamente el país y su gente, después de haberse apoderado, no sin grandes luchas, de Tauromenio, se encontró en condiciones de terminar la guerra. Después de un largo bloqueo que, con el hambre, aniquiló las fuerzas de los insurrectos, y después de la muerte del caudillo mas audaz, cayó Enna en poder de los romanos. Antíoco murió prisionero en Roma; la isla, que Rupilio limpió de insurrectos con sus columnas volantes, quedó tranquila después que la lucha y la miseria hubo causado la muerte de infinitos esclavos, número que debe aumentarse con los 20,000 que fueron clavados en cruz. Con esto no quedó desgraciadamente durante mucho tiempo, es decir hasta Galieno, mas que un verdadero rebaño de fieles vasallos.

La temible sublevación de los esclavos en la isla de Sicilia que á tan deplorable estado habían conducido los errores de los hombres, fué dominada cuando precisamente en Roma la crisis social de los proletarios libres suscitaba la primera de aquellas grandes conmociones que se ofrecen á la posteridad como el primer lúgubre tañido de la campana que do-